

REFLEXIONES SOBRE IDEOLOGIA, CONFLICTO Y CONSENSO

Juan Yrarrázaval (*)

Las Ideologías han tenido un rol fundamental en el acontecer político chileno. Desde 1958 y hasta 1973 se vivió lo que se ha denominado el "ciclo ideológico" de la democracia chilena. Lo que en un comienzo fue una división a tres bandas, con niveles crecientes de conflicto ideológico, dio luego ocasión a una movilización y activismo políticos sin precedentes que terminaron entre 1970 y 1973 en una guerra ideológica y política total entre dos bloques antagónicos y en el quiebre del sistema democrático.

Hacia 1973 se produjo una crisis profunda que afectó a la capacidad de vivir juntos en paz y que dañó el sentido de comunidad nacional entre los chilenos. De allí la virulencia de los antagonismos, el predominio del odio y la categorización de "amigos vs. enemigos". De allí también la naturaleza violenta del quiebre político e institucional y las dificultades aún subsistentes para normalizar y democratizar la vida nacional.

La experiencia chilena resulta sugerente en cuanto a la necesidad de abordar, con alguna detención, el problema de las normas y valores que inciden en la cohesión social y en la democracia política.

En efecto, siendo conocido que el respaldo o legitimidad de que disfrute el sistema democrático es condición necesaria para su eficacia decisional, para el éxito en la resolución de conflictos, y para el orden político general, entonces también debe resultar claro que la esfera de los valores y normas de las personas tiene una importancia vital. Si referimos la legitimidad social al grado en que la existencia y organización de la comunidad y/o su gobierno son consideradas por los miembros de la sociedad como dignas de apoyo, esto nos lleva necesariamente al nivel de las percepciones —y de las actitudes que de ellas derivan— en cuanto a si la organización social y su gobierno gozan o no de un apoyo efectivo.

Siempre aparecerá el problema de las motivaciones de la acción política, en cuanto a acción humana. La forma como las personas responden a los estímulos, o las acciones dentro de determinadas situaciones, generalmente no son directamente deducibles de las condiciones objetivas que las afectan, ya que existe todo un proceso de mediación, por el cual las orientaciones generales de esas personas descifran cognoscitivamente las situaciones y proveen de guías generales de carácter afectivo y evaluativo para la acción. El hecho es que existe una tendencia natural a evitar las inconsistencias y las disonancias en las orientaciones políticas, así como también a evitar la falta de orientación efectiva. Las personas y grupos sociales de continuo hacen uso de orientaciones relativamente elaboradas acerca del papel del hombre, de la sociedad y de la autoridad, y, más concretamente, acerca

(*) Profesor del Instituto de Ciencia Política. Master en Ciencia Política, Princeton University. Candidato al doctorado.

de la manera de comportarse social y políticamente. Estas orientaciones pueden tener diversos grados y elaboración, y es así como se dan los casos de personas con normas muy simples, y de otras que llegan hasta los extremos de ideologización utópica.

Siendo evidente que existe una relación entre ideología y política, debemos preocuparnos por analizar más a fondo el fenómeno ideológico.

LA IDEOLOGIA COMO FENOMENO

Resulta tentador para un politólogo intentar un análisis del problema bajo el prisma de lo que algunos denominan ciencia política. Sin embargo, debemos reconocer que hasta el momento la ciencia política se ha limitado más bien a comprobar lo que sucede, y a ofrecer explicaciones *ex post - factum*. Asimismo, se ha tendido hacia un conocimiento de particularidades hasta perder el sentido de la totalidad.

Es por ello que las reflexiones siguientes se apartarán en medida importante del estilo y metodología comúnmente usados por la ciencia política. Nos interesa aquí de manera especial el punto de vista de la totalidad.

El punto de vista de la totalidad es un rumbo que la inteligencia impone a la mente especulativa, por íntima necesidad del espíritu humano. Aun cuando es cierto que el hombre puede conocer muchas cosas sin aguardar el momento de la sabiduría, a pesar de ello, también son verdaderas las dos proposiciones siguientes. En primer lugar, el saber de los hechos puede ser hasta tal punto abrumador, que puede resultar inmanejable. El conocimiento puede llegar a entorpecer la visión del mundo. En segundo lugar, si bien las ciencias de la naturaleza física pueden prescindir del conocimiento límite que preocupa al saber de la totalidad, no sucede lo mismo con el conocimiento de la acción humana, como lo es el conocimiento político. Esto es así porque en el campo del conocimiento de la acción humana los hechos son extremadamente complejos, por cuanto tienen una peculiar relación de sentido. La acción política, como toda acción humana, es conducta portadora de sentido. La expresión sentido debe ser referida al designio con que se actúa, o, si se prefiere, a lo que es inseparable de todo designio, una totalidad a partir de la cual se construye todo pensamiento y acción. Este puede ser el sentido de poder, o el sentido de libertad, entre otros.

La acción humana es conducta guiada por elecciones, derivadas de la capacidad de libre albedrío que tiene el hombre. Los actos mentales que determinan el contenido de una elección se refieren a fines últimos y a medios para lograr estos fines, a juicio de valor y a juicios derivados de proposiciones acerca de hechos. Ahora bien, la elección de fines esenciales es cuestión del alma y de la voluntad que en medida importante escapa del ámbito de evaluación del conocimiento científico positivo, que no es capaz de proveer con tanta facilidad en ese campo inferencias acerca de los hechos relativos al poder de los medios en cuestión para producir efectos específicos, como sucede en el conocimiento de la elección de medios.

Siendo la acción humana conducta deliberada, conducta provista de sentidos, tales sentidos dan lugar a totalidades mayores y a muchas complicaciones para la inteligibilidad de la conducta.

Ahora bien, los campos de "los sentidos" son siempre campos de los

sentidos y del conocimiento. La noción de acto con sentido antes explicitada nos lleva a estos dos "conceptos límites".

Digamos que los elementos del valor y del conocimiento son de la esencia de la ideología. Conviene señalar desde ya, sin embargo, que lo anterior no significa que la ideología sea en sí misma valiosa.

La ideología es un sistema de ideas. Pero no todo sistema de ideas es "ideológico", no obstante lo cual cualquier sistema de ideas puede terminar siendo ideologizado.

Siendo un sistema de ideas, la ideología tiene además dos caracteres. En primer lugar, es un sistema totalizador de valores. En este sentido cumple al objetivo de centrar totalmente la dación de este sentido de la vida humana. Vale la pena hacer notar aquí la proyección que esto tiene al tratarse de una ideología política: su misma naturaleza hace que la persona tienda a centrar toda la dación de sentido de su vida en una particular visión política. Quiérase o no, en mayor o menor medida, la ideología tiene necesariamente un carácter misionero y salvacionista. En segundo lugar, prevalece en la ideología la función totalizadora de valores por sobre la función cognoscitiva que también le es inherente. A pesar de que siempre es un sistema de ideas, en la ideología prevalece la primera función.

En la ideología, lo cognoscitivo no es un verdadero fundamento, sino una técnica, una herramienta, un instrumento. La ideología no hace una revisión crítica del fin a fines a que se orienta.

Las ideologías fundan su validez en cuanto a conocimiento en variables extra-cognoscitivas, como lo son la utilidad, la conmoción afectiva o el ansia de poder. Pero a diferencia de la vulgar utopía, la ideología se inserta en la realidad para tomar consigo un simulacro de conocimiento de ella, y de esa manera intentar colocarla bajo su control.

LA IDEOLOGIA Y EL PODER POLITICO

En la actividad política, la ideología sirve como energía de acción que alguien puede utilizar, dándole una dirección determinada, previo cálculo de fines y medios. La ideología sirve de energía política, y como tal es fuente de poder político.

Poder es lo que tiene un agente que se vale de una energía determinada para alcanzar ciertos efectos concretos. Energía es aquello de que se vale el poder. El poder siempre tiene un sujeto responsable que se halla en situación de utilizar una energía, liberándola.

¿En qué consiste la potencia de la ideología, y de dónde proviene? El núcleo no es la teoría. Lo verdaderamente determinante es el propósito de controlar el comportamiento humano con vista a un estado de cosas que determinados agentes estiman como valioso.

La ideología induce a un querer, y en vista de ella sus agentes y seguidores llegan a estimar que todos los medios son buenos, en cuanto sean eficaces.

La ideología tiene siempre como núcleo central una representación de un fin o medio YA deseado o repudiado, de aquellos que la mayoría de los hombres están en el deber de desear mancomunadamente, sin poder jamás ser cuestionados o sometidos a revisión crítica. Es así como las nociones de libertad, de igualdad, de fraternidad y de tiranía, llegan a ser totalizadas.

absolutizadas, en la Francia liberal. De manera similar, la ideología marxista toma como núcleo central la sociedad sin clases, la revolución y la dictadura del proletariado.

Todas las anteriores son "ideas-fuerza". Disparan a la conducta casi como un instinto o un acto reflejo.

Ahora bien, dado lo anterior, la plenitud funcional de la ideología se halla en dependencia directa del número de sus adherentes. En esto la diferencia con la ciencia no puede ser más clara, ya que la validez de una ciencia es independiente del número de quienes la conozcan y acepten.

La fuerza de las ideologías es medida principalmente según el número de adherentes, y adquieren así, además, más posibilidades de tener contingentes de nuevos adherentes. Se trata siempre de un fenómeno de masas, en el que la técnica de expansión es el proselitismo.

A pesar de que el sistema ideológico dispone de eficaces dispositivos de rechazo contra toda crítica a él, lo que anula gran parte de la individualidad, la ideología tiene siempre una relación directa con el sujeto individual. Hay un vínculo individual, de militancia valórica. Este vínculo individual corresponde al deber de lealtad.

Por otra parte, si consideramos los rasgos que caracterizan a la ideología como SISTEMA de ideas, notaremos que es en tal condición en que podemos descubrir uno de los más poderosos caracteres de la ideología como doctrina con fuerza. En efecto, los fines propuestos por las ideologías son siempre relativos a ese fin de fines que Aristóteles veía en la "Felicidad Humana". Toda ideología es indirectamente una pretensión de llevar al hombre a su felicidad. Toda ideología conlleva siempre una pretensión de un mundo mejor. Pero el ideal de felicidad tiene su sentido mayor cuando no se está en ella.

La ideología, conjuntamente con proveer un sentido positivo de afectación, promueve un sentimiento negativo de aversión, de conciencia negativa respecto de una supuestamente defectuosa situación presente.

Ahora bien, el entusiasmo y repulsión que suscite lo abarcado por una determinada ideología pueden ser lo bastante limitados como para no originar tensiones de energía importantes.

La vida humana presenta muchos episodios ocasionales que contienen más aversión que entusiasmo. Lo que hace la ideología es convertir lo temporal y momentáneo de la situación, en algo permanente y dirigido.

Es el carácter sistémico de la ideología lo que le da su mayor fuerza. Son valoraciones que presumen respaldo de conocimiento, pero convertidas en sistemas, llegando a veces a ser complicadas construcciones racionales.

Pero no se trata de cualquier construcción racional. Las ideologías tienen capacidad de simplificación para consumo de las masas de adherentes, que las perciben como razón salvacionista.

El carácter sistémico de la ideología se da en la medida en que exista una íntima fusión y coherencia en sus partes, y una unidad que resulte de su finalidad.

La estructura intra-sistémica impone la determinación de conductas, el carácter riguroso, certero y eficiente. Normalmente contiene un campo de sentido más amplio que incorpora a campos más restringidos de lenguaje, económico, jurídico y hasta tecnológico.

Las ideologías intentan por principio el dominio total de la vida, el abarcar todos los campos de la vida, incluso el de conocimiento y el de la fe

religiosa. Es por ello que puede sostenerse que toda ideología tiende a ser totalista, si no siempre en un sentido político, al menos en lo intelectual y moral.

IDEOLOGIAS Y CONFLICTO POLITICO

El marxismo es un modelo de ideología simuladora de lo real. Conviene señalar eso sí que no toda ideología es tan total, ni tan intra-sistemática, ni tan restrictiva como lo es el marxismo. Hay distintos grados ideológicos. No todo programa político tiene los caracteres extremos de la ideología total.

Los agentes políticos usan las ideologías como instrumentos en su competencia o lucha por el poder político. Son instrumentos que poseen fuerza o poder en sí mismos, y que sirven como medios para la conquista del poder del Estado. Ahora bien, la medida en que estos instrumentos sean fuentes de poder está en relación directa con el grado de totalización, hermetismo y de carácter intra-sistémico que posean. En este sentido, en la competencia por el poder, la ideología política más poderosa en la actualidad es el marxismo.

No obstante lo anterior, el poder de que disponen las ideologías no depende exclusivamente de su potencia interna o energía liberadora, ya que una ideología de menor grado puede disponer de más poder en una situación determinada si es usada eficientemente y/o si es asociada a otra fuente de poder.

Nunca estará de más insistir en el indudable peligro que se corre cuando en la competencia por el poder político llegan a tener un peso fundamental ideologías totales como el marxismo. Pero también conviene destacar el riesgo que conllevan las ideologías más atenuadas. Si bien es cierto que estas últimas son menos totalizantes, unas más que otras, siempre permanece el problema de su inferioridad en cuanto ideologías para enfrentar al totalitarismo en un cuadro de pluralismo político extremado.

Es la experiencia de Chile, país que ha vivido un delirio ideológico, y que aún convalece y peligra ante fantasmas ideológicos.

En efecto, conviene no olvidar el rol que tuvieron las ideologías en la polarización política y posterior quiebre de la democracia chilena. Debe tenerse presente además el efecto que lo anterior ha tenido en la dificultad de caminar más rápido hacia el consenso y la reconciliación nacionales.

La inauguración del "ciclo ideológico" de la democracia chilena coincide con el período en que sectores ubicados en posiciones moderadas intentaron "hacer el trabajo" de los partidos ubicados en el polo marxista, contribuyendo con ello a un crescendo de polarización y al avance de las fuerzas antidemocráticas.

El ciclo ideológico cobra especial fuerza a partir de 1962, y se caracteriza por la competencia excluyente entre sectores partidistas altamente ideologizados. Se va produciendo con ello un alto grado de polarización en la opinión pública. Los polos ideológicos pasaron a ser, literalmente hablando, polos aparte, y la distancia entre ellos pasó a cubrir la máxima dispersión posible de opinión. Las divisiones tendieron a ser muy profundas, el consenso muy bajo, y la legitimidad del sistema político y económico pasó a ser ampliamente cuestionada.

Cuando la opinión pública de un país se halla tan dividida en cuanto a

ideas e ideologías que ningún grupo resulta ser suficientemente amplio para asegurar un gobierno duradero, los conflictos internos de la sociedad tienden a llevar al país a su ruina. Es lo que sucedió en Chile, donde la democracia se tornó ingobernable.

Asimismo el combate ideológico llegó a transformar a las ideologías en fines en sí mismas, dando lugar al uso de todos los medios imaginables de Injuria, boicot, robo y violencia física, con entero olvido del hombre cuya felicidad proclamaban querer servir.

Ahora bien, no resulta del todo claro que se haya superado la división social y humana a la que la ideologización política tanto contribuyó. Urge por ello repensar la república, intentar reflexionar sobre las bases de una estrategia para el consenso.

LA NECESIDAD DE UN CONSENSO

El enjuiciamiento crítico a los encuadres ideológicos institucionalizados, dogmáticos y excluyentes, no obsta al hecho de que destaquemos la trascendencia de las ideas, de la ética, así como del pensamiento riguroso y exacto, y también de las causas ejemplares, como fuerzas vitales para tener una democracia provista de estabilidad y cohesión social.

Es necesario reflexionar sobre las bases necesarias para tener una democracia gobernable.

Es cierto que la democracia supone permitir el disenso sobre las políticas concretas, sobre medidas económicas, sociales o administrativas. Supone también el permitir diferencias en la valoración política de diversos sectores y asociaciones. Pero si se quiere una democracia organizada y racional, es preciso que el pluralismo sea moderado y no extremado. Que exista un consenso en cuanto a la existencia y mantención de la comunidad nacional, en cuanto a los principios fundamentales que deben informar la organización del Estado, y también un acuerdo sobre reglas del juego que facilite resolver las diferencias que se susciten. Sólo así podrá haber moderación y eficacia en las decisiones. No es posible una democracia moderada, estable y cohesionada cuando fuerzas antidemocráticas logran deslegitimar la organización del Estado, si existe una polarización extrema, si se dan oposiciones bilaterales, o si se practica un estilo irresponsable o demagógico ya sea desde el Gobierno o bien desde la Oposición. Se trata de reconocer el hecho básico que la organización social exige armonizar el derecho a la discrepancia cívica, de la cual nunca está exenta la convivencia, y sin cuyo reconocimiento desaparece la libertad política, con la unidad o consenso básico, sin el cual se destruye toda comunidad y cualquier posibilidad de Gobierno efectivo.

Todo Estado, más que sobredimensionado, necesita ser eficaz. Un Gobierno ha de ser, en primer lugar, eso, Gobierno. Interesa entonces el grado de gobierno, de organización, de efectividad, de estabilidad. Un orden mínimamente eficaz, es decir, un marco político y administrativo estable y que funcione.

Pero lo anterior, claro está, requiere que el Estado sea justo y aceptado, que no esté él mismo en cuestión. Si se acepta que el poder de un Gobierno democrático sea fuerte, ello es porque sólo así puede hacer cosas, remover obstáculos, obtener respeto y confianza.

El poder político es, al fin y al cabo, un medio de acción de la sociedad; de su obrar con justicia y eficacia y de su aceptación dependen la capacidad de trazar fines comunes y de hacerlos ejecutar. Si el Estado es el modo consciente de organización de una sociedad que desea buscar racionalmente el bien común y el desarrollo, es necesario que los valores, las prioridades y las personas que han de administrar sean de algún modo aceptados y reconocidos.

La cohesión social y la democracia no pueden estar tan sólo basadas en una fórmula institucional o en una fórmula política. Requieren asimismo estar fundamentadas en una concepción común del hombre, la sociedad y el Estado. No es posible organizar el Estado y el Derecho sin una determinada concepción ética que le sirva de base. Y esa concepción ética común no puede ser otra que aquélla que pertenece ya a nuestra personalidad nacional. Pensamos que las ideologías pretéritas, la violencia, el odio y el materialismo no lograron destruir definitivamente nuestros cimientos espirituales en cuanto comunidad, y que es posible que luego del eclipse de años pasados surja la fuerza ética de la fe, del humanismo verdadero y la chilenidad, como base unificadora para un consenso fundamental.